

SANTIAGO REBULL, "LA MUERTE DE MARAT".

Es muy posible que el cuadro de Santiago Rebull *La muerte de Marat* sea, en cuanto a tema y calidad artística, la obra más significativa de la pintura de género histórico, del siglo XIX mexicano; y en cuanto a los cuadros que se han pintado con el mismo tema, en otras épocas y en otros países, un sitio importante es el que le corresponde.

Santiago Rebull (1829-1902) fue discípulo del catalán Pelegrín Clavé en la antigua Academia de Bellas Artes. Pensionado en Roma de 1852 a 1859, a su retorno a México figuró en la misma institución como uno de los maestros sobresalientes hasta años inmediatos a su deceso. Rebull adquirió prestigio como hábil retratista, mas corrió con escasa fortuna como pintor de cuadros religiosos. La práctica de la pintura mural con temas clásicos tratados a la manera de los románticos, no lo fue ajena, si bien sobre ella nada en firme se puede decir por el estado que guardan sus murales del Alcázar de Chapultepec. Durante el gobierno de Maximiliano de Hapsburgo, Rebull fue objeto de varias distinciones por parte del emperador, entre otras se le nombró Pintor de Cámara, si hoy nada significa tal nombramiento, no sucedía lo mismo en una época en la cual la fotografía estaba en sus inicios.

Pelegrín Clavé introdujo, obligado por la crítica de arte de esos años, el tema histórico en la pintura, tema predilecto por lo demás, para los grandes pintores románticos de formación académica. Si bien Clavé impuso como asuntos a tratar aquellos que eran extraídos de la historia prehispánica, Rebull rompió con tal limitación al ocuparse de un tema de carácter universal y

por consiguiente la mayor prueba para un artista como él; el asunto elegido fue el del asesinato de Marat. Si a Santiago Rebull le correspondió en México la primacía de tratar tal tema en la pintura, recordemos que antes de él Jacques Louis David había pintado su *Marat*, del Real Museo de Bellas Artes de Bruselas.

Contadas obras referentes al fin de la existencia del hombre son tan contundentes como *La muerte de Marat*, de David. Los comentarios que el cuadro ha suscitado desde el siglo XIX son numerosos, aunque sujetos a lo afortunado o fallido de los juicios estéticos de cada época; mas nunca ha dejado indiferente al espectador, por más que se hable de una cierta frialdad que tiene, adecuada en todo caso, al tema que representa. Un solemne y grandioso concepto de la muerte, inspirado en la filosofía de los estoicos de la época de Marco Aurelio, fue el que David tenía al pintar la imagen casi religiosa, de este santo laico, de este mártir abatido por la extremosa exaltación de sus principios revolucionarios. Es impresionante la composición del cuadro al dividirse en dos áreas, una de luz, otra de sombras; en la primera está presente lo concreto de la naturaleza en el cuerpo del hombre, en el área segunda está lo abstracto de la nada en ese espacio infinito de sombras. Nada hay después de la muerte, nos indica uno de los aguafuertes de la serie *Los desastres de la guerra*, de Goya, un contemporáneo de David.

Antes de ocuparme del cuadro de Santiago Rebull, deseo hacer mención de otras pinturas de las que guardo noticias por referirse al mismo asunto. La muerte de Marat fue llevada

al arte en un sinnúmero de litografías y grabados de diverso interés. El propio Jacques Louis David dejó un dibujo de la cabeza, ya sin vida, del "amigo del pueblo". Los escultores también trataron el tema. En un orden cronológico, después de las telas de David y Rebull, recuerdo la obra de Jean Joseph Weerts, fechada en 1880 y depositada en el Museo de Evreux. El cuadro es de una grandilocuencia teatral imponderable. Carlota Corday aparece en el extremo izquierdo de la composición, se apoya en uno de los muros de la trágica habitación; casi a sus pies, aunque dentro de la fatídica tina, se encuentra el cuerpo desnudo y yerto de Marat. Ella sostiene el agudo puñal, está aterrada ante el hecho que ha consumado y ante la irrupción violenta y amenazante de quienes se lanzan por la puerta en contra suya, allí está, a la cabeza, Simona Evrard la amiga íntima de Marat. La teatral composición de este cuadro es la quinta esencia de la pintura histórica académica.

Una pintura mexicana del siglo XIX, poco conocida y firmada únicamente con las iniciales J. B. G., se localiza en la casona de la vieja hacienda de La Gavia, cercana a Toluca. La tela se refiere al asesinato de Marat. En medio de una afortunada composición, Carlota Corday está colocada entre los hombres que la han apresado y el cadáver de líder revolucionario, que yace en la semipenumbra de la fatídica habitación. Esta obra digna de mejor apreciación, merece el que se le exhiba en el Museo de Bellas Artes de Toluca; el desconocido autor de esta tela se ocupó del suceso histórico tratado en la Academia por Santiago Rebull, mas ciertamente con originalidad.

Entre 1905 y 1907 el gran artista noruego Edward Munch se ocupó también del asesinato

de Marat, en varias versiones, de las cuales sobresale una pintura de carácter expresionista que se exhibe en el Museo Munch de Oslo. La solemnidad de la tela de David y su contrapartida que es la grandilocuencia del cuadro de Weerts, desaparecen en la pintura del noruego, para dar lugar a la expresión acostumbrada de sus obras. En Munch existe una audaz originalidad. En la composición de su cuadro aparece, casi en el centro, la figura del cuerpo desnudo de Carlota Corday, con lo cual el pintor se atuvo a la realidad del encuentro histórico. Atrás, tendido sobre una cama, se encuentra el cadáver del "amigo del pueblo"; el brazo derecho le cuelga fuera de la cama; Munch como David, ha querido hacer hincapié en ese brazo portador de una mano de la cual salían los apasionados escritos, incendiarios y condenatorios de Marat. La factura del cuadro a base de nerviosas pinceladas y vivos colores, acentúa lo expresivo del drama del que ha sido primerísima protagonista esa impávida mujer, que al mostrar la desnudez de su cuerpo quiere demostrar con ello la verdad del crimen cometido.

En la Galería Tretiakov de Moscú, se exhibe el cuadro *La muerte de Marat*, pintado en 1927 por el pintor soviético A. D. Goncharov. El cuadro es interesante por la composición, por el color y las estilizadas formas que el artista empleó; mas resulta espectacular por cuanto muestra el momento mismo en el que Carlota hunde el puñal en el cuerpo de su víctima; sin embargo, la tragedia apenas hace acto de presencia en esta obra, mas de carácter decorativo que no así dramático.

El *Marat* de David sirvió de punto de partida a Arnold Belkin para pintar en 1971, toda una serie de curiosas variaciones sobre esta



obra clásica. Dieciséis cuadros constituyen la serie realizada mediante diseños formales, técnicos y materiales que son característicos en el pintor. Hay en el Marat recreado por Belkin, un cierto geometrismo de rígidas formas, las cuales, en algunos casos, se seccionan para dar lugar a una sensación de movimiento, de dinámica en la sección de los planos en que se corta, por ejemplo, la cabeza del implacable revolucionario. Sin embargo, considero que la novedad en Belkin no radica en la recreación del modelo ¿son tantos los ejemplos que le anteceden en este sentido! , sino en haber actualizado el tema al relacionarlo con otra muerte famosa, la del Che Guevara, sobre la cual creó, también, una interesante serie de cuadros inspirados en una conocida fotografía que muestra el cadáver del célebre guerrillero latinoamericano. Para Arnold Belkin existe seguramente una identificación entre Marat y Guevara, por ello les ha unido en una serie mayor titulada *Muertes históricas*, la identidad está en la acción revolucionaria que ambos emprendieron y en la consecuencia dramática de su fin.

La muerte de Marat pintada por Santiago Rebull, se expuso por primera vez en 1875 en la exposición anual de la Academia Nacional de Bellas Artes. Su presentación constituyó todo un éxito para su autor, ya se comprende la extrañeza que causó un tema como el que Rebull adoptó; la calidad de la ejecución contribuyó el triunfo del maestro. La crítica de arte no permaneció indiferente, se escribieron elogiosos comentarios debidos a José Martí, Felipe López y López y Felipe S. Gutiérrez. En febrero de 1876 los discípulos de Rebull le honraron públicamente con una velada musical, al gusto de la época, en la cual al maestro le impusieron una corona de

plata en reconocimiento a los méritos alcanzados con su *Muerte de Marat*. En el homenaje habló, entre otros, Martí, y por parte de los estudiantes tomó la palabra Rodrigo Gutiérrez, quien calificó a Santiago Rebull de "...maestro grande y sabio... artista eminente y filósofo...". Al año siguiente el cuadro fue enviado a la gran Exposición Universal de Filadelfia, para su exhibición dentro del lote de pintura mexicana remitido con ese fin, mas ignoro la aceptación que allá tuvo.



Nada hay tan opuesto al solemne concepto laico de la muerte, existente en el *Marat* de David, que el cuadro de inspiración romántica de Santiago Rebull. Dentro del romanticismo pictórico de la época, el mexicano estuvo más cerca de Eugenio Delacroix que del propio David o de su discípulo Jean-Dominique Ingres. Cercana

al centro de la composición Rebull plantó la figura magnífica de Carlota Corday; su cuerpo está visto de frente, mas el perfil de la cabeza la muestra altiva y desafiante ante el hecho consumado y las consecuencias que no tardaron en desatarse. El arma mortal ha caído de sus manos, aparece en el piso a su lado, como



también al piso ha caído el arma de Marat: la pluma de su exaltados escritos. El "amigo del pueblo" se levanta sobre la tina lanzando agónicos clamores, al escucharlos sus secuaces con Simona al frente, irrumpen precipitadamente en la desordenada y dramática estancia. Para enfatizar lo sangriento del asesinato, Rebull dispuso sobre la tina una manta roja; en un detalle como el anotado queda marcada la diferencia existente entre clásicos y románticos, para el mismo detalle David fue parco en color, lo redujo al blanco y a un verde seco. Pero la diferencia se acentúa más en el concepto mismo de la muerte; en el cuadro de Rebull, Marat se encuentra entre el dejar de ser y la nada, en cambio para David, Marat se había adentrado ya en la nada, y es que el romántico necesita convencer por medio de lo dramático y teatral.

A un siglo de distancia el cuadro *La muerte de Marat*, de Santiago Rebull, no ha perdido interés, si del tema propiamente dicho no ha vuelto a ocuparse pintor alguno, ello constituye su mayor mérito, es una obra no superada en el ámbito histórico de la pintura de México.